

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ. : PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

LOS EXPONENTES DE LA REACCION

Acostumbrados a juzgar el problema humano en sus manifestaciones materiales, no tenemos en cuenta otros motivos de lucha que los derivados de la cuestión económica. Y es así como la lucha de clases, exenta de toda idealidad superior, más que la concreción de una idea de justicia, es el hecho biológico obrando sobre los sentidos del hombre y despertando en él todos sus instintos animales...

La lucha es vida. Los pueblos fuertes, sanos de cuerpo y de espíritu, no renuncian a sus exponentes de virilidad. Pero una cosa es luchar por ideas superiores y otra disputar a dentelladas el diario mendrugo.

No son los trabajadores, huérfanos de espiritualidad y hambrientos de pan y sedientos de justicia, — los parias que llevan sobre sus hombros el peso de seculares ignominias, los esclavos que soportan el yugo económico y la cadena moral de todos los despotismos —, los responsables de esa guerra fratricida. Renunciar a esa lucha significaría el tácito renunciamiento a la vida intensa, con sus inquietudes y con sus esperanzas.

El anarquismo es un ideal de libertad, de justicia y de fraternidad. ¿Responden todas las luchas del proletariado a esos postulados redentores? Los más ilustres precursores del anarquismo, y con ellos los que buscaron en la masa obrera el material humano para encarnar las ideas en el verbo de la acción revolucionaria, sostuvieron siempre que el problema social no se reducía a un simple antagonismo de clases. Más allá de la lucha económica, del diario litigio por la conquista del pan, está el problema capital: la esclavitud moral, origen de todos los despotismos, efecto y causa de los males que afligen a la humanidad desde que el primer hombre adoró al primer fetiche y aceptó la superioridad de otro hombre. ¿Cómo borrar de la conciencia humana ese pecado original?

Hasta ahora, todos los gestores de revoluciones, todos los apóstoles de la libertad y todos los renovadores sociales, buscaron en el pueblo la fuerza bruta, instintiva, que obrara a modo de formidable ariete para demoler los viejos edificios estatales. Y los cambios se sucedieron, suplantando un régimen de dominio a otro sistema igualmente despótico, relevándose en el poder "castas elegidas" que alegaban su derecho a gobernar a los pueblos, haciendo los tiranos cómplice a dios, o a la ley, de sus infamias y de sus crímenes.

Los anarquistas tratamos de dar otro sentido a la lucha social. Más

que lucha por la libertad, esta guerra por la posesión económica del mundo es una lucha de bajos egoísmos y de groseras ambiciones. Se les ha enseñado a los obreros a odiar al burgués; se les dice que el patrón es su único enemigo; se les repite que hay necesidad de cambiar este

gradaciones evolutivas de la humanidad se producen en sentido ascendente. ¿Qué diremos de un movimiento subversivo dirigido contra las castas dominantes, que solo se limita a suplantar las viejas con nuevas fórmulas de explotación y deja en pie las causas morales y materia-

cionario el derecho al patrimonio arrebatado a los pueblos por sus antiguos tiranos?

Ahí tenemos, como ejemplo ilustrativo, el resultado de la revolución rusa. Y ahí tenemos también, como perenne demostración de lo que nos deparan las subversiones populares de esta hora, ese desborde de violencias que terminan en un vulgar atraco a los graneros de los ricos. El proletariado, tomado en su conjunto, es un montón de apetitos y de pasiones: instinto y necesidades materiales. Y ¿qué se puede exigir a esa masa ilusionada por la potencia de su fuerza material, pero impotente para realizar el más mínimo esfuerzo mental?

Se le dice al pueblo que su felicidad consiste en destruir las causas materiales que lo tienen aherrojado y sumiso. Y, como única síntesis de sus esfuerzos, se le ofrece un nuevo sistema de explotación basado en su domesticidad y en su renunciamiento a ejercitar otro órgano que no sea el estómago.

La síntesis revolucionaria de esta hora, está concretada en esta sola palabra: dictadura. Y ya se sabe que con la dictadura de una "clase elegida", aún cuando expulsa y tiranice en nombre del proletariado, no se conquista la libertad, la igualdad y el derecho para todos los hombres.

El Pretorianismo fascista



(Resurgido entre aclamaciones ventosas y un torrente de diarreas). Dio mío! ¿esta que hice es la Italia del "antico valor" o una letrina?

sistema social de explotadores y explotados, de hartos y de hambrientos, de amos y de siervos. Pero en esa pródica no está el fundamento de las ideas redentoras. ¿Qué importa que los trabajadores tengan conciencia de su situación inferior en relación a las castas privilegiadas, si se empieza por desarrollar sus instintos de dominio y se les ofrece un mundo en el que ellos serán los amos, los expliadores, los gobernantes?

No solamente en la burguesía están las fuerzas que impiden la marcha del progreso. Una revolución puede significar también un retroceso espiritual, porque no todas las

les que determinaron el levantamiento popular? La historia registra infinidad de revoluciones incompletas, sin otro significado social que el cambio de dinastías gobernantes, de regímenes jurídicos y de castas privilegiadas.

Las revoluciones de este siglo, inspiradas en las teorías político-económicas de Marx, ¿cambian el sentido interpretativo del hecho social? ¿Se producen en forma opuesta a las realizadas hasta hoy? ¿Concretan un ideal de libertad y de justicia y cierran el ciclo histórico de las luchas mantenidas por las castas que, alegaban como único principio revolu-

El sufragio

Digámoslo bien alto: que el rebafío electoral sea esquilado, comido, sazonado para todas las salsas, ¿qué puede importarnos?... Nada... no queremos votar nosotros, pero los que votan eligen un amo, que será, queramos o no, nuestro amo... Que el ganado electoral sea conducido a golpes, poco nos importa, pero construye también barreras en las que se acantonan y quiere meternos, nombra amos que le conducirán y quieren conducirnos... Estas barreras son las leyes... Estos amos son los legisladores... Nos es preciso trabajar para destruir a unas y a otros, aunque para ello debiésemos dispersar a lo lejos el estercolero en que se desarrollan los diputados y senadores, el estercolero electoral.

Albert LIBERTAD

Suscripción del Suplemento y "La Protesta" inclusive, \$ 2 - mensuales

La censura deja tranquilos a los cuervos y persigue a las palomas. — Juvenal

NOTAS

“Artistas” argentinos

De Madrid, una de las tantas plumas que se alquilan por los garbanzos, lo mismo a un zoquete vuelto de América con plata que a un cualquier aventurero de mala especie, envía una crónica que inserta el diario vacuno de acá, sobre el triunfo de los artistas argentinos en gira comercial por la península ibérica.

“Una vez más — empieza la crónica laudatoria — escribo unas cuartillas con cierta emoción para dar cuenta a los argentinos (¡se le agradece!) de un señalado triunfo de los suyos aquí, en Madrid”.

¿Y a que no adinális quénes son esos artistas triunfadores allende el mar? Pues nada menos que los comerciantes de la escena, señores García Velloso, Vaccarezza, Muñío-Alipi y demás farándula ambulatoria, que han llevado los prestigios del teatro nacional hasta los escenarios madrileños, con gran aplauso de aquel público sodomita, al decir de Sambiancat...

El autor de la crónica referida describe “con cierta emoción” el extremo de la farándula Muñío-Alipi en la Zarzuela, ante varios miles de espectadores, que aplaudieron a romperse las manos e hicieron repetir hasta cuatro veces “todo lo que se cantaba y bailaba”. Total: un triunfo bárbaro, elocuentísimo, sin par.

El arte y los artistas argentinos — y eso que faltaba Firpo — han sido festejadísimos, sin que les haya faltado ni el aplauso de los reyes, que habrá sido lo que más importaba a estos buscadores de “perlas gordas” con escarapela celeste al pecho.

En fin, que a la fecha, los sodomitas madrileños nos conocen como artistas de alto vuelo a través de los comedones de Velloso y Vaccarezza y de las quebradas de tangueros como Alipi y su farándula.

Higiene

Uno de los principales motivos de orgullo nacional, después de la bandera “más hermosa” y la mayor cantidad de cuernos y pezuñas — era la organización de la policía. La policía argentina era una de las mejor organizadas del mundo, según oíamos decir por ahí; era la exposición del orgullo argentino. Y hasta nosotros, refractarios a toda creencia, habíamos llegado casi casi a convencernos de que así era...

Bueno, eso era antes; pertenecen al pasado esas cosas. Hoy la policía, ella misma, se ha encargado de mostrársenos en toda su ridiculez. Hasta el ciudadano más coito de vista ve perfectamente la ridícula figura de ese ex orgullo nacional.

Y es que la creencia en el mérito de la policía argentina ha caído a los pies de los crédulos ciudadanos, produciendo el consiguiente deslumbramiento.

Ha bastado un sólo hecho para destruir un orgullo y ridiculizar una institución que parecía montada sobre un armazón de acero... Y ha bastado también un solo hombre para desmontarla. Esto es lo más chocante, lo más hilarante. ¡Vaya un castillo de naipes!

Hermano Wilkens: tú, al liquidar a Varela, has “liquidado” también a la policía argentina, aunque ésta no se dé por muerta...

Para sus adentros algunos, exteriorizando otros, los ciudadanos se preguntan sincera y candidamente:

¿Cómo es que la policía de la capital no previó el atentado a Varela cuando había noventa y nueve probabilidades contra una de que se realizara?

Y, naturalmente, todos los que se han hecho esta reflexión han visto caer a sus pies el pobre orgullito policial que alimentaban. Una bomba vino a aventárselo al diablo.

¡Hay bombas que son de un gran poder higiénico!...

Las barbas del vecino

Tres largos años, casi cuatro, ha durado — y ya es durar más de lo suficiente! la popularidad de Carlés, este “condottiere” argentino que el miedo pánico de la burguesía puso al frente de las bandas mercenarias. Tres años, casi cuatro, en el apogeo de sus desplantes de matón y su cacareo de perdonavidas. ¿Qué más podía pretender un sujeto salido del hampa a solicitud de los más deshonestos comerciantes para que defendiera en el Congreso sus rapiñas y falsificaciones de productos? Puede estar satisfecho el interesado y también sus defensores; ha cerrado el ciclo de las compadras y ha cerrado el pico el “compadre”; vale decir que ha terminado la popularidad del “condottiere”, y lo que es peor — para él — ha terminado también su fama. Destino éste — de morir repentinamente — que les está reservado a todas las famas infames.

¿Pero qué es lo que le ha determinado a cerrar el pico al jefe de las bandas mercenarias? Casi nada... Carlés ha visto afeitarse las barbas a su vecino y amigo el teniente coronel, y, como es de rigor, ha puesto las suyas en remojo.

¿Por qué no da más conferencias compadronas en los atrios el jefe de la Liga? ¿Qué le impide salir a organizar brigadas en el interior? ¿Por qué no concurre más que de incógnito al local de la junta central?

¡Es que tiene las barbas en remojo el hombrecillo!

La última “plancha”

Para dejar más claramente demostrada su tremenda inutilidad, la policía metropolitana se echó a la calle días pasados. Había llegado el momento de arrojar la máscara, de tirar por la borda esa fama infame de que había gozado hasta ayer entre las gentes sin criterio, si — aunque no en nombre de “Dios” sino en nombre del orden — el hecho se produjo. La sección más talentosa de la policía — Orden Social — detuvo a la mitad del gremio de obreros panaderos “para esclarecer la comisión de un atentado”. Cerca de mil quinientos empleados policiales fueron movilizadas con ese objeto; los locales obreros del gremio estuvieron bloqueados durante varios días; centenares de panaderos pasaron por las oficinas de investigaciones sufriendo el impertinente interrogatorio; se gastó casi una tonelada de papel para recoger las declaraciones.

Y todas esas detenciones, esas molestias, esos trabajos y esos gastos — para qué? Para dar a conocer una nueva plancha policial, para probar de una vez la tremenda inutilidad de esa institución.

Cartas sobre los acontecimientos de Rusia

SEPTIMA CARTA

EL SENTIDO DE LA DESTRUCCION

(Continuación)

Pasemos a la tesis siguiente: Los procesos destructivos precipitados por la guerra, comenzados en Rusia, se desenvuelven hoy sobre una escala mundial, confirmando de modo decisivo la concepción revolucionaria de la historia contemporánea.

Burlándose cruelmente de todos los ensueños sociales, de todos los cálculos o esquemas políticos benignos edificados por los sabios burgueses o semiburgueses, de todas las construcciones intermedias o “apacibles”, estos procesos no dejan subsistir nada ya de las teorías pseudo evolucionistas: establecen la necesidad, la legitimidad histórica de la revolución como punto de partida del progreso de nuestros días.

Los archisabios demócratas de todos los colores (comprendida una buena parte de la social democracia) y con ellos gran número de gentes simplemente miopes se apresuran a derivar de los acontecimientos rusos la conclusión inversa. Se difunde la opinión de que la bancarrota del bolcheviquismo, de que el fracaso de la revolución rusa, de que la absoluta impotencia de ésta para llegar al fin de la destrucción y para realizar la construcción nueva demuestran la absurdidad y la esterilidad de una revolución y, por tanto, la exactitud y la fecundidad del principio evolucionista”. Claro está, los “demócratas puros” reniegan de la revolución en general y están inclinados a ver en la democracia la última palabra de la sabiduría histórica, mientras que los socialistas, rechazando sobre todo “la revolución del día”, encuentran en la experiencia rusa la prueba irrefutable de su fórmula: sólo a través de la democracia pasa el verdadero camino hacia el socialismo. De un modo o de otro, la necesidad histórica próxima de la democracia, en lugar de una revolución, tal es la deducción corriente hecha a costa de los acontecimientos de Rusia.

En cuanto a lo que ha sido probado por el “fracaso” de la revolución rusa, habremos en otra parte.

Pero en lo que concierne a la exactitud y a la fructuosidad históricas del democratismo, basta observar atentamente las cosas por doquier para llegar precisamente a la conclusión opuesta: la bancarrota histórica de la democracia, su absurdidad y su contradicción flagrante con las vías reales de la evolución, han sido puestas en evidencia.

Recordemos primeramente que no fué sólo el bolchevismo el que puesto en la prueba práctica “hizo bancarrota” en la revolución rusa. Antes que él, fué el democratismo quien demostró en la realidad de un modo incontestable su impotencia absoluta: un democratismo amplio y elástico, creado por la revolución, que gozaba de toda la frescura juvenil y estaba matizado por una tendencia socialista avanzada... ¡Qué rico campo de acción y de éxito se extendía al parecer ante ese joven democratismo llegado al poder si hubiese correspondido a la marcha real de la historia, a las vías verdaderas del progreso!... Si, si la democracia, la coalición, etc... fuesen las verdaderas etapas históricas actuales, si todas estas ideas e instituciones respondiesen a la realidad práctica, entonces, convertidos en amos absolutos de la situación, hubieran hecho brillar esta verdad y no se habrían mostrado tan impotentes en Rusia. Fortalecidas con su verdad hubieran, fortificado, fácilmente sus posiciones, habrían organizado las fuerzas necesarias para superar las dificultades; se hubieran abierto en una flor espléndida y traído su fruto. Si el democratismo estuviese destinado a vivir, si representase el camino verdadero del

progreso ulterior, la vida habría marchado con él y le hubiera sostenido.

Ahora bien, ¿qué vemos en realidad? El democratismo se mostró en Rusia impotente hasta el ridículo ante la revolución y sus problemas de creación de progreso. La vida, que marcha hacia adelante, lo rechazó y siguió su camino. Por tanto, ¿dónde están las pruebas de la fertilidad y de la exactitud histórica de la democracia?

Si el democratismo es el verdadero elemento creador y progresivo de la historia contemporánea, si es a través de él que pasan los caminos históricos, entonces, ¿por qué ese democratismo llegado al poder en Rusia no supo detener la destrucción, unir a su alrededor todas las fuerzas activas y conducirlas a un efecto positivo? ¿No está claro que no es el quien responde a las precipitaciones del pulso histórico actual y que no es él quien representa la fuerza creadora y progresiva del proceso histórico?

Se podría objetarnos que en Rusia la culpa incumbía a las circunstancias particulares creadas por la guerra, la ruina y el bolchevismo; que en Rusia el terreno no estaba preparado para la democracia; que ésta última se había instalado no de un modo natural y orgánico, sino justamente en una revolución, sbita, bruscamente... Es por esto que fracasó y fué totalmente barrida...

Dejemos a Rusia. Detengámonos en otros países. ¿No es lo mismo lo que vemos en Austria, en que el democratismo, perfectamente preparado y educado durante largos años, se mostró igualmente incapaz de adueñarse del proceso histórico, de convertirse en un elemento de progreso, de reunir, de entusiasmar y de poner en acción las fuerzas creadoras, de liquidar la destrucción y de abrir una era constructiva? La marcha de las cosas no superó tampoco allí al democratismo impotente, realizando en su lugar la revolución (sofocada luego por la reacción)?

Se nos dirá quizás que Austria había sido demasiado devastada por la guerra, que las condiciones eran allí tan anormales como en Rusia...

Pero todavía más típico es el caso de Alemania, — este país de disciplina, de resistencia y de organización, país de moderación y de reformismo arraigado; país clásico de la vieja social democracia, — ricamente desarrollada y maravillosamente organizada. La guerra no la llevó a una ruina semejante a la de Rusia o la de Austria. La pequeña revolución se cumplió apaciblemente y sin dolor. La democracia, orgánicamente preparada, se instaló confortablemente y soberanamente. Hace cuatro años que está en el poder. Durante ese lapso de tiempo, hubiera podido aquí, más que no importa dónde, demostrar su conformidad con la situación histórica y, fortalecida en esa conformidad, organizar a su alrededor todas las fuerzas indispensables para el renacimiento y la creación.

Y bien, ¿logró, por lo menos aquí, apoderarse de la situación? ¿Se mostró el proceso histórico de acuerdo con ella? ¿Ha resuelto el problema, ha llegado al fin de la destrucción? ¿Ha realizado las tareas constructivas de la época? La respuesta está ante nosotros. Aquí como en todas partes la coalición democrática se mostró impotente y en pleno desacuerdo con la marcha real de las cosas. Aquí como en todas partes la democracia se afirma incapaz de resistir al proceso de destrucción desencadenada que impulsa a la revolución y paralelamente a la reacción que, bajo nuestros ojos, rechaza la democracia y se apodera más y más del campo de acción. Asistimos al desplazamiento del frente de lucha entre el capital y el trabajo — desplazamiento típico para nuestra época y para la impotencia del democratismo. Destacándose cada día más de la democracia y del gobierno en que pierden su última confianza, las masas trabajadoras se orientan ha-

cia la izquierda, tomando el camino de la acción revolucionaria directa. Por otra parte, los elementos reaccionarios y burgueses se agrupan y se preparan igualmente para la acción desde fuera de la democracia, del Estado, del poder, que no les merecen tampoco demasiada confianza. Así las fuerzas en lucha son atraídas hacia los puntos extremos. Los adversarios se miran cara a cara y el frente de batalla se forma a espaldas de la democracia. ¿Qué hace ésta? Encontrándose entre dos fuegos, no sabiendo ni atreviéndose a satisfacer a ninguna de las dos partes, es puesta, cada vez más, fuera de combate. La lucha de las clases en guerra, la lucha por la evolución ulterior adquiere un carácter cada vez más inmediato. No le queda a la democracia, esta bella intermediaria, — más que eliminarse, vista su inutilidad histórica.

Así, también en Alemania, la vida se orienta, no sobre el camino del renacimiento democrático, sino sobre el de la lucha directa entre la revolución y la reacción. Por tanto, también aquí es la revolución la que madura fatalmente.

Se me dirá que tal estado de cosas en Alemania se explica fácilmente por su posición de país en ruinas, por el acto terrible de las reparaciones, etc. Y bien, ¿y la victoriosa Italia? No existen aquí ni reparaciones, ni contribuciones ni caída catastrófica del marco. Y no es en vano que los acontecimientos de este país han precipitado al mundo y agitado todos los espíritus, en primer lugar los democráticos. Los demócratas han sentido justamente el verdadero peligro. Porque, ¿qué es el fascismo? Es ante todo el derrumbamiento del castillo de naipes de la democracia. Es el prólogo, es el fantasma de la revolución. Es la revolución misma, aunque comenzada por el fin no habituado. Y sin embargo, Italia, desde hace mucho tiempo, es el país de un democratismo bien desarrollado y que parecía sólido. Ahora bien, también allí el "medió" es rechazado y pisoteado, y esto sin ninguna resistencia por su parte. También allí la historia se abre una vía destructivamente revolucionaria. También allí las fuerzas en lucha abandonan la zona neutra y ocupan sus posiciones de combate, mientras que todo lo que es intermediario, — todo lo que es "democrático" o "socialista", — se muestra lastimoso e impotente hasta el ridículo. Allí como en todas partes no es a la democracia a quien la historia impone la tarea del movimiento progresivo, sino a la lucha inmediata entre la reacción y la revolución. También allí es el principio de la revolución el que triunfa.

Y si los acontecimientos de diversos países hacen actualmente hablar de un fascismo mundial, esto ilustra y subraya nuestra tesis de un modo inmejorable. Sí, el principio de la ruina de la democracia mundial, es el toque de alarma, para el mundo burgués, de la ley revolucionaria: Es el resultado y la palanca al mismo tiempo de la destrucción general que reclama esa revolución. Es el comienzo del fin del mundo capitalista, la primera hora de su agonía.

Recordemos a propósito que aún en los Estados Unidos de América — en ese país democrático por excelencia — la lucha verdadera por el porvenir entre el trabajo y el capital adquiere un carácter cada vez más directo, se manifiesta cada vez más a menudo en colisiones tempestuosas y se aleja diariamente más del camino del democratismo, a pesar de que éste trata por todos los medios de suavizar esta lucha.

Habría que preguntarse si en un porvenir próximo asistiremos a la caída de la democracia también en Inglaterra. — ese país del democratismo y del reformismo clásicos.

Porque el fascismo es un signo de los tiempos, es la propia voz de la historia. Porque es la lucha sin cuartel la que se entabla. Es un cuerpo a cuerpo mortal que se aproxima...

Tal es el sentido de los acontecimientos...

Si la obra del progreso no exigiese hoy una revolución, si la democracia fuese hoy la portadora del progreso contemporáneo. — entonces la destrucción universal hubiera sido prevenida o rápidamente superada por ella. Pero esta destrucción no sólo se ha producido, sino

que ha ido tan lejos que sin una revolución reñovadora no es posible acabar.

Si la democracia fuese hoy la misma fuerza histórica progresiva, — no hubiera por cierto cedido su puesto tan impotentemente ni a la reacción ni a la revolución. Tampoco esta última podría ser encarada seriamente.

Antes de la guerra la democracia podía aún parecer una fuerza. La guerra descubrió ya todas sus fallas. Después de la guerra, la democracia se instaló como expresamente en algunos países para demostrar definitivamente su nulidad. Hoy muere, porque la vida se ha puesto resueltamente en movimiento. La vida se precipita hacia adelante. Y he aquí que las fuerzas tenebrosas del pasado se dirigen a su encuentro, aspiran a dominar este camino que, por fin, rompe sus cadenas; tratan de hacerla retroceder... En esta lucha la democracia no tiene plaza. Se muestra superflua y no puede ayudar ni a unos ni a otros. Al mismo tiempo en que todos los hombres, buscando una salida, a toda costa se aferran de nuevo con su miopía habitual a la democracia, es la democracia la que se derrumba sobre una escala universal, y es la gran revolución la que se levanta. Es el último cuerpo a cuerpo entre el mundo que nace y el mundo decrepito. Es la lucha final inminente.

No es con el dásamo dulce de la democracia, sino con la cuchilla flamígera de la revolución, que el problema del progreso humano ulterior está en tren de ser resuelto. Todo lo que se encuentra en medio, — todo lo que se coloca a través de esta lucha inmediata — deberá apartarse, fundirse, desaparecer...

La rutina completa de la democracia y el atlanamiento del terreno para la bata-

lla decisiva: tal es la palabra de orden para nuestros días.

Los demócratas, nos dirán quizás que su época está aún por venir y que todavía llegarán a ser los amos de la situación... Tal afirmación no sería más que una hipótesis. Ahora bien, nosotros debemos quedar en el terreno de los hechos, que dicen otra cosa.

Conocemos también otras hipótesis. ¿No se nos dice que es el crecimiento de la instrucción, de la cultura, de la técnica, el único camino justo del progreso? ¿No se nos afirma que la humanidad moribunda debe esperar pacientemente los resultados del lento trabajo científico y que la salvación no puede venir más que de esa parte? Pero la instrucción, la cultura, la técnica o la ciencia, ¿pueden realmente avanzar y empujar la vida hacia adelante en una sociedad en plena descomposición?... ¿Y los que perecen, pueden consolarse por medio de hipótesis? ¿Pueden esperar? La historia responde negativamente.

Es por la vía revolucionaria que la historia de nuestros días está en tren de marcha. En este momento oímos precisamente sus pasos resonantes. Es por los senderos de una destrucción implacable que la verdadera revolución se aproxima.

Los demócratas mismos se dan cuenta de esta verdad. A veces se quejan amargamente de su impotencia. Pero pueden lamentarse todo lo que quieran de que los acontecimientos no sigan su esquema. La historia no oye las quejas humanas!

¡No! Ni los liberales ni los demócratas dominarán ya los elementos desencadenados. No detendrán el proceso destructivo que comienza en Europa, — lo mismo que no pudieron detenerlo en Ru-

sia. No harán renacer a Austria. No restablecerán a Alemania (no, no lograrán hacer remontar el marco alemán!). No harán entender razones a Italia. No matarán el fascismo, no apaciguarán a Francia, no calmarán a Inglaterra, no tranquilizarán a Turquía... ¡No obtendrán "su evolución"! No restablecerán la era de la estabilidad, de la "paz", de la "prosperidad", cualesquiera que sean sus esfuerzos... Hay ya varios países habituados a la inestabilidad de tal modo que no se dan cuenta de ella. Sin esfuerzo, rápidamente, echando un vistazo hacia atrás, al pasado todavía reciente, las gentes comprenden toda la diferencia entre la psicología de entonces y la de hoy. La inestabilidad que se hace más general y habitual es el fenómeno típico de nuestros días.

La impotencia manifiesta de la democracia demuestra definitivamente toda la vanidad de sus construcciones.

Ahora bien, si no es a la democracia a quien incumben la resolución del problema de la época, ¿a quién corresponde? ¿Dónde está, pues, la salida?

La bancarrota completa de la democracia es la mejor señal de la llegada de la época de la revolución social...

Queramos o no, la revolución pacífica no se realiza de ningún modo.

No una evolución ulterior gradual, sino una revolución tempestuosa, tal es el método del progreso contemporáneo, — nos dicen los hechos.

No un éxito democrático creciente, sino una reacción ciega y, por tanto, una lucha revolucionaria contra ésta, — claman los acontecimientos.

Una revolución es necesaria, afirma la historia.

Revolución social, dice la época. Porque no existe hoy otra fuerza que libere más lejos a la historia humana.

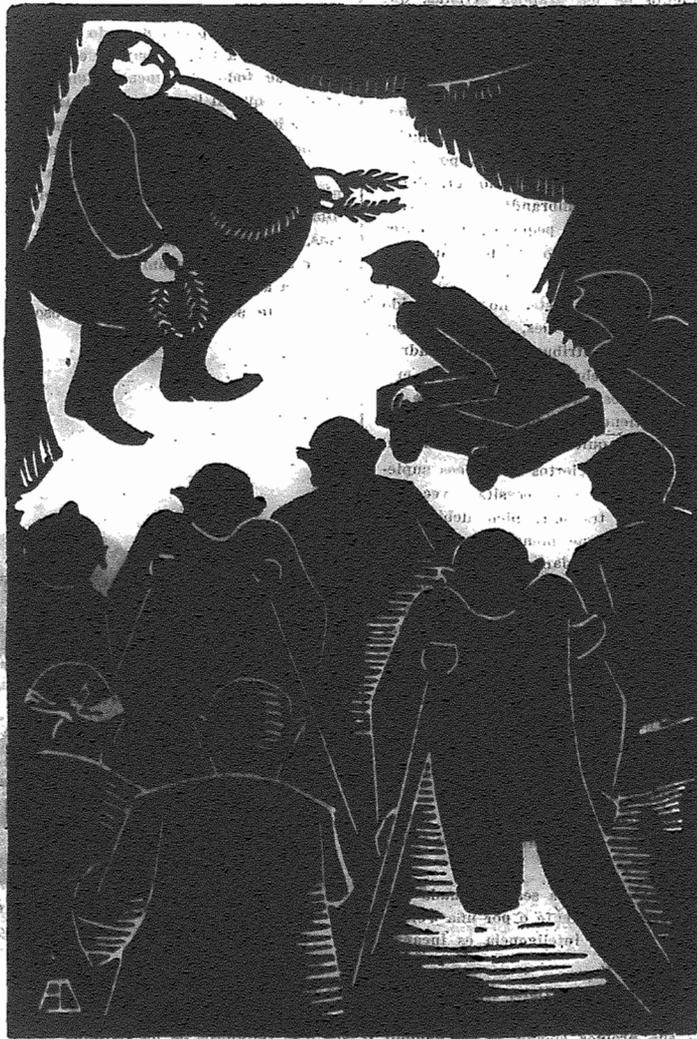
El reconocimiento decisivo de este hecho fué el germen, el comienzo de la verdad poseída por los bolcheviques. ((Bien entendido, el comienzo, nada más. Como la libertad, la verdad es indivisa. Admitiendo una parte y desnaturalizando la otra, los bolcheviques acabaron por transformar en mentira la verdad entera)). En cierta medida han sabido percibir el verdadero pulso de la época. Está ahí, precisamente, la razón general y fundamental de su éxito. Hay que tenerlo en cuenta si se quiere juzgar los acontecimientos de un modo justo. (En cuanto a lo que lograron, a pesar de la falsedad de su camino posterior y la mutilación completa de la verdad, — monopolizar este éxito y aplastar las otras corrientes revolucionarias, — este hecho tiene sus razones especiales de que hablaremos en otra parte, lo mismo que sobre las causas de que los bolcheviques se mantengan en Rusia hasta nuestros días).

La historia "adoptó" a los bolcheviques porque habían oído su llamado: no tuvieron miedo de la revolución, de la destrucción; iban al encuentro de una y de otra; se orientaban sobre la revolución, le prestaban su concurso. Y he aquí: en tanto que su obra coincide con la verdad histórica, en tanto que habían comprendido el pulso histórico, el sentido de la época, el soplo de la revolución, — la vida les dió razón y marchó con ellos.

Pero, habiendo comprendido una parte de la verdad, no comprendieron la otra. Habiendo concebido la necesidad de la revolución, no supieron ver lo que debía ser esa revolución. Rechazaron la vía justa de la construcción revolucionaria, impidieron la realización inmediata del proceso creador. Por eso mismo rompieron con la verdad. Y habiendo tomado el camino falso, se desviaron. Y he aquí: ya no marchan al unísono con la historia; pierden su fuerza y su razón de ser. Caen...

Sí, caen... Pero lo que es más característico, es que no caen de ningún modo en el sentido habitual de una liquidación violenta de la revolución y de un advenimiento de la reacción. Lo que es más típico es que, habiéndose separado de la verdad, habiendo hecho bancarrota, los bolcheviques, sin embargo, no encontraron reemplazantes en la derecha. No vemos en Rusia ni "el general sobre un caballo blanco", ni el demócrata "con el ramo de la paz". En este sentido, la revolución rusa no fué deshecha ni muerta. No ha sido más que debilitada. Habien-

CUADROS DE LA GUERRA



JUGUETES

(Termina en la página 6)



PAGINA DE ARTE



EL ARTE

CONVERSACIONES DE RODIN

XI

El pensamiento en el arte

(Conclusión)

Si yo creo que un estatuario puede limitarse a pintar la carne que palpita, sin preocuparse del asunto, eso no significa que pienso que debe excluir las ideas de su trabajo; si declaro que puede excusarse de buscar símbolos, no significa que yo sea partidario de un arte desprovisto de sentido espiritual.

Pero en verdad todo es idea, todo es símbolo. Las formas y las actitudes de un ser humano revelan necesariamente las emociones de su alma. Este cuerpo expresa siempre el espíritu que lo mueve. Y para el que sabe ver, el desnudo ofrece el más rico significado. En el ritmo magestuoso de los perfiles, un gran escultor, un Fidias, reconoce la serena armonía esparcida en toda la naturaleza por la Sabiduría divina; un simple torso, tranquilo, bien equilibrado, radioso de fuerza y de gracia, puede hacerlo pensar en la todopoderosa razón que gobierna al mundo.

Un hermoso paisaje no conmueve solamente por las impresiones más o menos agradables que procura, sino, sobre todo, por las ideas que despierta. Las líneas y los colores no emocionan por sí mismas sino por el sentido profundo que se les da. En la silueta de los árboles, en los recortes de un horizonte, los grandes paisajistas, los Ruysdael, los Cuyt, los Corot, los Teodoro Rousseau entreven pensamientos sonrientes o graves, atrevidos o descorazonados, apacibles o angustiosos, que armonizan con la disposición de su espíritu.

Es que el artista, desbordante de sentimiento, no puede imaginar nada que no lo tenga como él mismo. En toda la naturaleza, intuye una gran conciencia parecida a la suya. No existe un solo organismo viviente, ni un objeto inerte, ni una nube, ni un retoño en la pradera que no le confíe el secreto de un poder inmenso, oculto bajo todas las cosas.

Miremos las obras maestras del arte. Toda su belleza proviene del pensamiento, de la intención que sus autores creyeron adivinar en el Universo.

¿Por qué nuestras catedrales son tan bellas? Porque en todas las representaciones de la vida, en las imágenes humanas que adornan sus portales y hasta en las ramas que florecen en sus capiteles, se descubre la marca del amor celeste. En todo, los dulces imagineros de la edad media han visto resplandecer la bondad infinita. Y con su encantadora ingenuidad, proyectan en un reflejo de bienaventuranza hasta en los rostros de sus demonios, a los cuales les concedieron una amable malicia y una parentela con los ángeles.

Véase, no importa qué cuadro de un maestro, un Tiziano, un Rembrandt, por ejemplo.

En todos los retratos del Tiziano se

nota la energía altanera, que, sin duda, tenía él mismo. Sus opulentas mujeres desnudas se dejan adorar como divinidades seguras de su dominación. Los paisajes que decoran árboles majestuosos y que empurpuran triunfantes puestas de sol, no son menos soberbios que sus personajes. Sobre toda la creación ha hecho reinar el orgullo aristocrático: este ha sido el constante pensamiento de su genio.

Otra clase de orgullo domina la rugosa máscara de los viejos artesanos que pintó Rembrandt; ennoblece sus desvanes ahumados y sus pequeñas ventanas a sivas; embellece sus paisajes rústicos y llanos; magnifica los techos de las chozas, que su buril amaba tanto acariciar en el cobre. Tiene el bello valor de los seres modestos, la santidad de las cosas vulgares, piadosamente amadas, la grandeza de la humildad que acepta y llena dignamente su destino.

Y tan vivaz, tan profundo es el pensamiento de los grandes artistas, que se ve hasta fuera de todo asunto. No tiene ni siquiera necesidad de una figura entera para expresarse. Tomad no importa qué fragmento de obra maestra y en él reconoceréis el alma del autor. Comparad las manos de dos obras maestras pintadas por el Tiziano y por Rembrandt. La mano del Tiziano será dominante; la de Rembrandt será modesta y energética. En esos pequeños fragmentos de pintura cabe todo el ideal de esos maestros.

Aunque los artistas no han tenido siempre las intenciones, a veces inesperadas, que les atribuyen algunos admiradores, de cerebro complicado, sin embargo podemos estar convencidos que los maestros tienen siempre plena conciencia de lo que quieren y de lo que hacen.

En verdad, si ciertos excépticos superaran las energías que necesita a veces el artista para traducir, bien debilmente por cierto, lo que piensa y siente con gran fuerza, no dudarían seguramente de que lo que aparece tan luminosamente en un pintura o en una escultura es el resultado de la conciencia y de la voluntad.

En suma, las puras obras maestras son aquellas en las cuales no se encuentra absolutamente nada que sea inexpresivo como forma, líneas y colores, pero donde todo, completamente todo, se resuelve en pensamiento y en alma.

Es muy posible que cuando los maestros animan a la naturaleza con su ideal, se ilusionen.

Es posible que ella sea gobernada por una fuerza indiferente o por una Voluntad que nuestra inteligencia es incapaz de comprender.

Por lo menos el artista, representando el Universo tal como lo imagina, formula sus propios sueños y en cambio de la naturaleza, él celebra su alma.

Y así enriquece el alma de la humanidad.

Porque teniendo con su espíritu al mundo material, revela a sus contemporáneos extasiados mil matices del sentimiento. Les hace descubrir en sí mismos riquezas hasta entonces ignoradas. Les da nuevas razones para amar la vida, nuevas claridades interiores para conducir-se.

El es, como decía Dante de Virgilio: su guía, su señor y maestro.

XII

El misticismo en el arte

¿Somos religiosos los artistas?

Según el significado que se dé a la palabra. Si se entiende por religioso al hombre que se sujeta a ciertas prácticas, que se inclina ante ciertos dogmas, evidentemente, yo, por mi parte, no soy religioso. ¿Quién lo es todavía en nuestra época? ¿Quién puede abdicar a su espíritu de crítica y a su razón?

Sin embargo, a mi entender, la religión es otra cosa que él balbuceo de un credo. Es el sentimiento de todo lo que está inexplicado y sin duda inexplicable en el mundo. Es la adoración de la fuerza ignorada que mantiene las leyes universales y que conserva los tipos de los seres; es la sospecha de todo lo que en la Naturaleza no cae bajo nuestros sentidos, de todo el inmenso dominio de las cosas que ni los ojos de nuestro cuerpo, ni los de nuestro espíritu, son capaces de ver; es además el impulso de nuestra conciencia hacia el infinito, la eternidad, hacia la ciencia y el amor sin límites, promesas probablemente ilusorias, pero que en esta vida hacen palpitar a nuestro pensamiento como si se sintiera alas.

En este sentido yo soy religioso. Si

tros sentidos y que el mundo de las apariencias nos basta. Se nos toma por niños que se embriagan con tornasolados colores y que se divierten con las formas como con muñecas... Se nos comprende mal Las líneas y los matices no son para nosotros sino realidades ocultas. Más allá de las superficies, nuestras miradas sondan hasta el espíritu, y cuando, después, reproducimos los contornos, los enriquecemos con el contenido espiritual que ellos envuelven.

El artista digno de este nombre debe expresar toda la verdad de la naturaleza, no solamente la verdad externa, sino también y sobre todo la interior.

Cuando un buen escultor modela un torso humano, no representa solamente los músculos, sino la vida que los anima... más que la vida... la fuerza que los construye y les comunica ora la gracia, ora el encanto amoroso o la foga santidad indomable.

Miguel Angel hace tronar la fuerza creadora en toda carne viviente... Luca de la Robia la hace sonreír divinamente. Así, todo estatuario, según su temperamento, presta a la naturaleza un alma terrible o muy dulce.

Probablemente el paisajista va más lejos. No es solamente en los seres animados que percibe los reflejos del alma universal: también los vé en los árboles, los matorrales, las llanuras, las colinas. Lo que para los otros hombres no es sino madera o tierra, adquiere, para el gran paisajista, el aspecto de una especie de rostro de un ser inmenso. Corot veía la bondad esparcida sobre la cima de los árboles, sobre la hierba de las praderas y sobre el espejo de los lagos. Millet veía el sufrimiento y la resignación.

En todo el gran artista oye al espíritu responder a su espíritu. ¿Cómo encontrar un hombre más religioso?

El escultor, ¿no adora también cuan-



MILLET (Pastor)

... en la Naturaleza el sufrimiento y la resignación."

la religión no existiese, yo hubiese tenido necesidad de inventarla.

Los verdaderos artistas son, en suma, los más religiosos de los mortales.

Se cree que no vivimos sino por nues-

do percibe el carácter grandioso de las formas que estudia, cuando, entre las líneas pasajeras, sabe desprender el tipo eterno de cada ser, cuando parece discernir en el seno mismo de la divinidad los

modelos inmutables; sobre los cuales todas las criaturas están moldeadas? Mirad por ejemplo las obras maestras de la estatuaria egipcia, figuras humanas o animales, y decid si la acentuación de los contornos esenciales no produce el efecto turbador de un himno sagrado. Todo artista que tenga el don de generalizar las formas, es decir, de acusar su lógica sin vaciarlas de su realidad viviente, provoca la misma emoción religiosa; porque nos comunica el estremecimiento que ha sentido él mismo ante las verdades eternas e inmortales.

El misterio es, por otra parte, como la atmósfera donde viven las mejores obras de arte.

En efecto, ellos expresan todo lo que el genio siente frente a la Naturaleza, y la representan con toda la claridad, con toda la magnificencia que un cerebro humano es capaz de descubrirle. Pero, forzosamente, también chocan con el inmenso Incognoscible que envuelve por doquier la pequeñísima esfera de lo conocido. Porque al fin, nosotros no sentimos ni concebimos en el mundo sino esa extremidad de las cosas por las cuales se nos presentan impresionando nuestros sentidos y nuestra alma. Pero todo lo demás se prolonga en una oscuridad infinita. Y hasta bien cerca de nosotros, miles de cosas se nos ocultan porque no estamos organizados para verlas.

Ya lo dijo Victor Hugo mejor que yo: *No vemos nunca más que un solo lado de las cosas; — El otro se hunde en la noche de un misterio espantoso. — El hombre soporta el efecto sin conocer las causas: — Todo lo que ve es corto, inútil y fugaz.*

Las bellas obras, que son los más altos testimonios de la inteligencia y de la sinceridad humanas, dicen cuanto se puede decir sobre el hombre y el mundo, y además hacen comprender que hay algo más que no puede conocerse.

Toda obra maestra tiene ese carácter misterioso. Se encuentra en ella siempre un poco de vértigo. Recordad el punto de interrogación que flota sobre todas las obras de Leonardo. Pero cometió un error al elegir a ese gran místico, en quien mi tesis se comprueba fácilmente. Tomemos más bien el sublime *Concierto campestre* de Giorgione. Es la alegría de vivir; pero a ella se une una especie de ebriedad melancólica: ¿qué es la alegría humana? ¿De dónde viene? ¿Dónde va? Enigma de la existencia.

Tomemos, si se quiere, las *Espigodoras* de Millet. Una de esas mujeres, que sufren terriblemente bajo el sol tórrido, se hiergue y mira el horizonte. Y nos parece adivinar que en esa cabeza ruda, una cuestión acaba de plantearse a través de un relámpago de conciencia:

—¿Para qué?

Ese es el misterio que flota en toda la obra.

¿Para qué, la ley que encadena las criaturas a la existencia para hacerlas sufrir? ¿Para qué esa eterna añagaza que les hace amar la vida, tan dolorosa sin embargo? ¡Angustioso problema!

Y no son solamente las obras maestras de la civilización cristiana las que producen esta impresión misteriosa. Se la siente también ante las obras del arte antiguo, ante las tres *Parcas* del Partenón, por ejemplo. Las llamo así porque es el nombre consagrado, aunque según la opinión de los sabios, esas estatuas representan otras diosas; de todos modos no importa! No son sino tres mujeres

sentadas, pero su pose es tan serena, tan augusta, que parecen participar de algo enorme que no se ve... Sobre ellas reina, en efecto, el gran misterio: la Razón

mente, otros, cuya imaginación es más riente, creen percibir más allá del muro los cantos de melodiosas aves que mueblan el sagrado vergel.

después de haberse alejado, dirige involuntariamente una última mirada a la pantera, como si sintiese algo de común entre su propio destino y el de aquella



COROT — (Paisaje) — *Corot veía una bondad infinita esparcida sobre los árboles; sobre la hierba de las praderas, sobre el espejo de los lagos.*

inmaterial, eterna, a la cual toda la Naturaleza obedece...

Así todos los maestros llegan hasta el límite más allá del cual domina lo Incognoscible. Algunos se torturan lamentable-



Rodin — (El Pensador) — *¿Dónde mejor que en esta obra se siente la inquietud, el esfuerzo del espíritu por alcanzar "el dominio, quimérico quizás, de la verdad y de la libertad sin límites" a pesar de la pesantez del cuerpo?*

Ciertamente que, como todo artista, yo también he sentido esa inquietud espiritual. Si la he traducido en mis obras, es inútil que pretenda explicarlas hablando. Yo no soy poeta sino un escultor; si no se lee fácilmente en mis esculturas, tanto valdría que no la hubiese sentido.

Alguien me ha comparado a Rembrandt; ¿qué sacrilegio!

¡A Rembrandt, el coloso del arte! Ante Rembrandt hay que inclinarse y no poner jamás a nadie a su lado!...

Pero ha observado juiciosamente en mis obras los sobresaltos del alma hacia el reino, posiblemente quimérico, de la verdad y de la libertad sin límites.

¿Estáis convencidos ahora de que el arte es una religión?

Importa sin embargo recordar que el primer mandamiento de esta religión, para los que quieren practicarla, es saber modelar bien un brazo, o un torso, o una cadera!

De Leonidas Andreieff

Un día, hace tiempo, vi en una casa de fieras una pantera negra. No se parecía a las otras fieras que dormitaban vagamente o lanzaban miradas malignas sobre los espectadores. De un lado a otro de la jaula, siguiendo una línea invariable, con una rectitud matemática, caminaba, volviéndose siempre desde el mismo sitio, frotando su pata negra cada vez en la misma barra, donde brillaba un reflejo dorado. Ante su jaula, desde la mañana a la noche, se apretujaba, charlaba y gritaba la multitud; pero ella iba siempre de un lado al otro, sin volver los ojos ni una vez hacia la gente. Y había entre aquella muchedumbre quienes sonreían, pero la mayor parte examinaban seriamente, casi tristemente, aquella viva imagen de una desesperación sin remedio. Y más de uno,

desgraciada bestia prisionera. Y cuando más tarde, los hombres y los libros me hablaron de la eternidad, recordé siempre la pantera, y tenía ya la impresión de conocer la eternidad por su sufrimiento.

Ahora, en mi jaula de piedra, yo mismo he venido a ser algo semejante a aquella bestia. Camino y pienso. Sigo a menudo una sola línea, a través de mi celda, de un lado al otro; y siguiendo una sola línea, también van mis pensamientos; pensamientos tan abrumadores, que me parece llevar sobre mis hombros, no sólo mi cabeza sino el mundo entero. Y todos mis pensamientos consisten en una sola palabra; pero, ¡cuán grande, cuán dolorosa, cuán malvada es esta palabra!: MENTIRA!

De nuevo esta palabra se lanza contra mí, silbando, desde todos los rincones, y se arrolla en torno a mi cuello. Pero ha dejado de ser una vívora pequeña para tomar el aspecto de un dragón enorme. Y el monstruo me muerde, desgarrando mis carnes con sus dientes de hierro; y cuando abro la boca para gritar, en fuerza de sufrir, de mi boca abierta sale siempre una sola, una misma palabra: ¡MENTIRA!

Esta palabra abominable murmura sin cesar en mis oídos, acabando por enfurecerme. Golpeo con el pie, gritando:

La mentira no existe; yo he matado la mentira.

Y me taponé los oídos para no oír la respuesta que va a llegarme de todos los rincones de la celda. Pero la respuesta, poco a poco, se insinúa en mí:

¡MENTIRA!

Es que, ¡ojanle ustedes, yo me engañé miserablemente. He matado a la mujer, pero la mentira nació inmortal. Yo no debiera haber matado a aquella mujer sin que antes, mediante el ruego, por la astucia o por el fuego hubiese arrancado de ella la verdad.

(El S. de la Destrucción, conclusión)
 done comprometido en un callejón sin salida, no ha desandado el camino, sin embargo. Se ha detenido en el punto muerto, como si esperase algo que le permitiese reemprender el camino justo y volverse a poner en marcha, hacia adelante. Bajo este aspecto, precisamente, la revolución rusa no se parece ni a la de 1789 ni a la de la Comuna de París, a las cuales se le consigna frecuentemente. La reacción no logró romperla. Este fenómeno, en extremo característico, no tiene más que una explicación: históricamente, la reacción no tiene carne hoy, está privada de los jugos vitales, no es posible de un modo serio. No son sino accesos convulsivos los que están a su disposición. La vida se ha puesto en marcha, — hacia adelante — enteramente. Así, los bolcheviques se adueñaron de la situación porque sus primeros pasos respondían a la verdad general. Y si conservan su puesto hasta el presente, es en el fondo gracias a que esta verdad está presta a realizarse hoy en una escala mundial. La vitalidad general de la revolución, hablando chocado contra el curso del bolchevismo, creó en Rusia (y también en Europa), una situación de espera. Pero la salida no puede hallarse sino en el sentido del progreso. Rusia y Europa esperan un nuevo empuje de la revolución. La reacción y la destrucción se agitan. Y aún cuando la contrarrevolución triunfara en Rusia, su acontecimiento sería pasajero.

Es innegable que bajo la influencia de los resultados de los ensayos rusos, cierto enfriamiento reemplazó al entusiasmo reciente de las vastas masas trabajadoras. Son muchos los que ven en eso un signo negativo que habla contra toda apreciación revolucionaria de la época, contra toda posibilidad de una revolución social en nuestros días. Trataremos pronto y detalladamente esta cuestión de la revolución social, de las masas y de su misión en la revolución. Pero anotemos aquí que, según nuestro modo de ver, este enfriamiento no tiene nada de común ni con una decepción ni con la apatía. Las masas se encuentran hoy en una encrucijada. Es un estado de reflexión, que de ningún modo tiende hacia el camino de la reacción, ni hacia el de la democracia. Estas vacilaciones de las masas no nos alarman. Esperamos sus resultados.

Nos queda para observar (tratemos esta cuestión en detalle cuando hablemos del papel de la violencia en la historia), que, aparte de las ilusiones democráticas, los acontecimientos en marcha dan también un golpe fulminante a las concepciones del anarquismo pacífico, — trátese de la doctrina tolstoiana o de otras teorías individualistas semejantes.

Recuerdo, a propósito de un encuentro fugitivo, a fines de 1919, con un camarada siberiano llegado a Moscú desde Siberia con un objetivo poco ordinario.

Yo era, nos decía, tolstoiano; pero desde hace cierto tiempo, Tolstói y Bakunin se batían pensosamente en mi alma. He venido a pasar todo el invierno en Moscú a fin de liquidar la disputa, cuestión que me cuestas. Encontraré libros, compañeros y el tiempo necesario.

Dejé poco después a Moscú. No sé de qué manera resolvió ese camarada la cuestión. No sé cuál de los dos dominó su alma... Pero sé bien que una lucha semejante se desarrolló hoy en el alma de no pocas gentes. Sé que el resultado negativo de la revolución rusa rechaza a ciertos camaradas demasiado precipitadamente hacia el tolstoianismo. Y sé que los acontecimientos que se suceden en torno nuestro dicen claramente: "Bakunin tiene razón".

En el hundimiento del viejo mundo que cae en ruinas, en el ruido de las tempestades ciegas desencadenadas que sacuden las sociedades humanas contemporáneas, ante los trastornos y las metamorfosis sociales formidables en que se deciden los destinos de la humanidad, y de las que nosotros no podemos apartarnos y lavarnos las manos, — ¡cuán impotentes e insignificantes parecen todas estas construcciones idílicas de perfeccionamiento moral de sí mismo!... Absorberme en mí "yo". Perfeccionarme y, por el ejemplo individual, perfeccionar a los demás hombres y a la vida... ¡no equi-

vale a resolver el problema como el avestruz ingenua que oculta la cabeza bajo el ala para salvarse así de los peligros apremiantes? ¿O zanjar las dificultades como los antiguos monjes que se retiraban de las tentaciones en la santidad de la reclusión, en la calma del convento? ¿Y no tenían mil veces razón los cristianos activos que pretendían que no es posible salvar el mundo, dominarlo más que permaneciendo en él y no retirándose? Ciertamente. La revolución social no es un idilio ni una melodía santa. A veces su rostro es terrible. Tiene sus pecados, sus horrores, sus abismos, sus precipicios... Pero no se puede superarla, depurarla del mal, transformarla en bien de otro modo que aceptándola y participando en ella activamente. Es cierto, la evaluación moral de sí mismo, la sencillez de la vida, un trabajo sano, el ejemplo personal, una comuna agrícola de amigos, — todas estas son cosas hermosas que tienen su valor. Nadie lo niega. Pero ellas solamente son más que insuficientes. Su misión es insignificante. El hecho de reconocerlas no debe hacer rechazar el resto. Ahora bien: es en este efecto justamente que caen sus apóstoles. Consideran como superfluas, como perniciosas las otras formas indispensables y las rechazan. Es en esta tendencia a las concepciones de perfeccionamiento individual (y de otras semejantes) hacia un exclusivismo estrecho, hacia una negación monástica "del mundo y de su mal", es en su desaprensión frente al papel enorme de otros factores fundamen-

tales de la revolución humana donde está el error: error que reduce el gran movimiento social a una homeopatía lastimera, a la aplicación de pildoras donde hay necesidad, ante todo, del escalpelo afilado del cirujano, a las construcciones de "celda", cuya nulidad frente a los acontecimientos es evidente.

Los ríos como los arroyos tienen su importancia. ¿Pero son inútiles los océanos? ¿No están ligados unos y otros entre sí? ¿Existirían los arroyos sin los océanos? ¿No es, pues, absurdo negar el océano y exigir la sustitución de sus movimientos poderosos y necesarios por el murmurio apenas perceptible de los arroyos? Los acontecimientos nos dicen de viva voz que fuera de la revolución no hay salvación; que sin una revolución no puede pensarse ni en una construcción, ni en una humanidad nuevas. Los fracasos no deben apartarnos de la revolución, sino enseñarnos a evitar en el porvenir las desviaciones admitidas en el pasado.

Únicamente los movimientos universales de las masas oceánicas del trabajo, únicamente la revolución social que lo admite todo, que rompa a golpes de rayo, — golpe sobre golpe — el viejo edificio y erija la construcción del nuevo sobre un espacio desbrozado, — pueden dar al progreso humano un ímpetu activo.

Así habla la historia. Y la gran destrucción de nuestros días es el comienzo de este formidable proceso mundial.

VOLIN.

Un apóstol del ideal comunista libertario

Sebastián Faure

Su vida. — Su obra. — Su apostolado

III

El conferencista — La campaña y la obra antirreligiosa.

Durante mucho tiempo se ha creído poder dividir a los hombres, desde el punto de vista de sus tendencias morales, en dos categorías bien distintas y absolutamente antitéticas: de un lado los egoístas, del otro los altruistas. Los primeros, creyéndose, desde que tienen uso de razón hasta la muerte, centro y eje del universo, todo lo relacionan y subordinan a su yo, siempre listos para sacrificar a ese yo, morbidamente hipertrofiado, lo que haya de más sagrado en la tierra; categoría que, según el temible Schopenhauer, representaría a la mayor parte de la humanidad, y que le inspirara esta abominable *voluntad*:

"Para pintar con un rasgo la enormidad del egoísmo, en una hipóbole impresionante, me he detenido en ésta:

"Mucha gente sería capaz de matar a un hombre para, con la grasa del muerto, untarse las botas". No tengo sino un escrúpulo: ¿será una hipóbole?"

En la otra categoría se colocaba a todos aquellos cuyo yo, estando en cambio atrofiado, no piensan sino en los otros, viven en un perpetuo olvido de sí mismos, van hacia los más penosos sacrificios y acogen a la misma muerte, cuando está al final, con una angelical sonrisa.

Esta especie de tabique impermeable, levantado por la antigua psicología, entre las dos grandes tendencias morales que, en efecto, dividen a la humanidad, ha sido derribado por los filósofos y los moralistas de la escuela evolucionista, por Darwin mismo, en su magistral estudio de los instintos, por Heriberto Spencer, Stuart Mill, Haeckel y Guyau, para no citar sino a estos, que han demostrado que en el hombre, como entre los primates, tanto como entre los mamíferos inteligentes de los cuales desciende, egoísmo y altruismo se amalgaman, se compenetran y fusionan, siendo dos formas más o menos desviadas de un mismo instinto: el de la sociabilidad.

Mejor todavía que sus ilustres prede-

cesores, el gran filósofo francés Paulhan, en su valiente librito *La moral de la ironía*, el más impregnado de verdadero anarquismo que me ha sido dado leer, ha analizado sabiamente lo que hay, en realidad, en el fondo de esos dos instintos, pretendidos antitéticos. Ha demostrado que el altruismo no es sino un egoísmo más refinado, capaz, tanto como el otro, de cometer, para satisfacer sus impulsos irresistibles, actos monstruosos y contrarios a las leyes morales fijadas por la naturaleza misma. Ejemplo: el hijo que, dominado por la doctrina de Cristo, y siguiendo el ejemplo del mismo Cristo reniega a su madre, abandona a los suyos en la miseria, para irse lejos a evangelizar a los llamados infieles. ¿Y no le dan también razón todos los que, a cambio del sacrificio de su yo sobre esta tierra, reclaman para ese yo una beatitud eterna?

De esta observación resulta que la mayoría de aquellos a los cuales conferimos el título de augustos apóstoles, podrían ser clasificados tanto en la categoría de los egoístas como en la de los altruistas, si esta distinción fuera real y si como lo ha escrito Sebastián Faure mismo, en su *Dolor Universal*, que estudiaré más adelante, "egoísmo y altruismo no representaran dos cosas que, en vez de excluirse, se concilian sin esfuerzo".

Como quiera que sea, existen apostolados que tienen como punto de partida, por causa y por finalidad, el deseo vehemente de asegurar para sí mismo, antes de asegurarla a los otros, una felicidad eterna, en cambio de sacrificios efímeros — y este hubiese sido el caso de Sebastián Faure si hubiese llegado a Jesuita — al que se consagra, el no ha sido de esos.

Libertado de la opresión religiosa, que fué tan profunda en él, había comprendido mejor que nadie cómo esa liberación era necesaria para la emancipación integral del espíritu humano. Ella debía, a su parecer, ser el preludio necesario e indispensable. Por esto fué que comenzó su carrera de militante revolucionario, con una ardiente campaña, no solamente contra la religión católica, sino contra todas la incommensurable credulidad del hombre, o mejor dicho, contra las ideas religiosas de origen sacerdotal, porque hay una idea religiosa de origen filosófico, que fué la de Spinoza, de Guyau,

de Renán, compatible con todas las audacias del pensamiento y los descubrimientos de la ciencia, confundiendo, podría decirse, con ella misma.

De ésta, puedo decir que Sebastián Faure ha quedado impregnado y así lo demuestra toda su obra.

A ésta campaña contra la superstición, — es la palabra — el consagra muchos años, recorriendo Francia de norte a sur y de este a oeste, penetrando hasta los más humildes villorrios, pidiendo contraversiones, buscando las de los curas mismos, de los pastores y rabinos, de todos los que él consideraba, con razón, sus adversarios directos, delante de auditorios donde, generalmente, los elementos hostiles se mezclaban a los elementos simpatizantes e imparciales. Favorecido por un órgano vocal sonoro, que supo suavizar y dirigir, y por un gesto sobrio y a menudo vehementemente y uncioso como su verbo, hábil para commover, como para convencer y persuadir, conociendo bien la psicología de síis variados auditorios, no temió nunca llegar a los argumentos contundentes cuando se desencadenaba la tormenta, prevista o no.

La amplitud de su voz, unida a la robustez de su aliento, le permitieron a menudo dominarlas. No me asombraría que él sintiera entonces lo que yo mismo sentí muchas veces: una excitación cerebral que facilita la respuesta, activando las funciones de ideación al mismo tiempo que, como un latigazo, reanima la fuerza muscular y nerviosa que comenzaba a decaer.

Los elementos de esta primera campaña antirreligiosa se encuentran resumidos, bajo una forma clara y sobria, en tres folletos ya viejos: *Los crímenes de Dios, Doce pruebas de la inexistencia de Dios, Respuesta a los Palabras de un Creyente*. No me detendré en estos por la razón de que ellos son conocidos actualmente por todos los militantes.

Me limitaré a observar, a propósito del segundo: ¿por qué doce pruebas? Si hay miles y miles; ¿qué digo? En el mundo, visible y palpable, para toda criatura que sepa usar de su razón, *nada prueba que Dios exista, todo, al contrario, prueba que no existe*. Tomo, bien entendido, la palabra *Dios* en la acepción que le han dado en todo tiempo los curas y sus religiones.

Llegado a las últimas etapas de su largo apostolado revolucionario, Sebastián Faure ha vuelto a esta propaganda inicial contra las religiones, en la primera de las conferencias hechas por él durante el otoño y el invierno 1920-21 y que ha reunido bajo el título: *Temas diversos*.

Esta *Falsa redención*, tal como la leyó, por lo menos en la versión taquígráfica, es, a mi entender, una de las mejores, de las más sustanciales conferencias que él haya pronunciado durante el curso de sus campañas antirreligiosas.

Me parece, en efecto, que en treinta y dos páginas, Sebastián Faure ha sabido presentar bajo una forma límpida, todo el peligro que desde sus orígenes las religiones han hecho correr al espíritu humano.

Sin frases sonoras, sin palabras inútiles, pero con argumentos decisivos, ha presentado el balance del cristianismo y registrado su quiebra, demostrando como, después de haber repudiado sus principios casi comunistas, la Iglesia ha llegado a ser el más firme sostén del capital.

Ese folleto me parece contener el resumen de esa campaña antirreligiosa, a la cual Sebastián Faure debió una rápida notoriedad, gracias a los dones naturales de los cuales habló más arriba, y a la cultura intelectual, filosófica sobre todo, que él cultivó lo mejor que pudo desde que se hubo emancipado su cerebro.

En fin, para ser completos, digamos que ocupa su fuerte vez en escribir, como coronamiento de esta obra, un libro de gran aliento: *La impostura religiosa*, que dada su larga experiencia en la controversia y sus estudios incansables del problema, podrá ser un arsenal precioso, donde irán a pertraherse los militantes del futuro.

P. VIGNÉ D'OTON

Tolstoy y los parásitos del arte

Si las audas subrimen- ose, podría Sebastián lo y así lo

El arte por el arte dice: "Con tal de que esté dicho con arte — y arte aquí es forma, habilidad técnica —, se puede decir todo". Para los partidarios del arte por el arte, la habilidad es el centro mismo del arte. Ella transforma en verdad la mentira y en bien el mal. Todo está en saber combinar palabras o colores, poseer la habilidad, la técnica.

Para ellos, la llave del arte es el ingenio. No importa lo que se diga ni el material que se emplee, basta saberlo decir, combinarlo con habilidad. El arte por el arte permite que tan humana, moral y digna misión, la ejerzan los habilidosos. Esto es proclamar el triunfo de los pillos. Es confundir éste con política.

¿No niegan que Tolstoy, el formidable Tolstoy de después de la crisis moral, el creador de *Resurrección*, *Cuentos Populares* y *El Poder de las Tinieblas*, no niegan que sea artista? Anonadados por su grandeza, no se atreven a desecharlo en absoluto; y rebuznan: "Es un apóstol, no es un artista"!

¿Cuál artista puede haber más sublime que un apóstol? Niegan a Tolstoy el ser artista para proclamarlo tal a ese mico de D'Annunzio, por ejemplo: "¡Oh, este sí es un artista; es delicado, sutil, exquisito!". ¿Y a qué sexo pertenece? ¿Puede alguien medir su inconmensurable vanidad, su necesidad infinita? Ahora los asexuales, los vanidosos, los necios son artistas; a un Tolstoy viril, humilde y sabio... lo dejan en apóstol. Porque es de advertirse que para tales gentuzas un apóstol es menos que un artista, un artista delicado, sutil, exquisito; que para ellos un hombre rudo, combativo y fuerte no cuenta entre los artistas. Un artista, por fuerza ha de ser un cincelador, nunca un obrero; para los tales, de entre la bigornia y el martillo no puede salir una obra artística, que esta ha de labrarse con buril y bajo lupa.

El por qué es claro: Si ese formidable Tolstoy ¿Qué es el arte? es artista, no lo son ellos, majadas de vanidosos llenos de pequeñeces, corruptos de taras morales; y tan podridos de cuerpo como de espíritu. ¿A reformarse, a ser como el blanco asceta de Yasnaia Poliana?... ¡No!; ¿A negarlo! A buscar otro a quien sea más fácil de imitar. ¿Y cuál mejor que ese fátuo de D'Annunzio, embadurnado de multicolor vanidad, vacío de ideas, cargado de metaforas con las que luce aposturas de tenorino de ópera: ¿cuál mejor? Más fácil es ser fátuo que ser sencillo, más fácil es ser aparatoso que natural, más fácil es ser sensual e incisivo que sabio y casto.

¿A seguir el camino más fácil, pues! ¿A proclamarnos protogenios y después a creer que lo somos! ... Y allá se va la manada, a hozar en los trebolares en flor del arte! ¿Qué claridad ni originalidad de ideas y sentimientos, qué sencillez ni brevedad en el decir! Cuanto más habilidosos más artistas. Y la habilidad se halla en ser abstrusos, complicados, pomposos. Hay que hacer arte para selectos, para aristócratas intelectuales. ¿El pueblo? ¡Pua!... El pueblo es sencillote, es franco, es rudo; se alimenta de pan negro y cebollas, suda, se ríe a carcajadas, blasfema y grita... ¿Cómo va a entender los melindres de estos reposteros, fabricantes de merengues rimados?... ¡Bah! que el pueblo lea a Tolstoy, viejo loco que perdió su tiempo hablando mal del alcohol y del tabaco, y escribiendo abecedarios para los mujiks y libros de lectura para los niños.

Ellos, los exquisitos, los selectos, los iniciados, los aristócratas; hacen arte superior, no arte vulgar. —Porque para ellos, vulgar y popular son sinónimos: feo error. Un hombre con el torso desnudo, trabajando, nunca es vulgar; y si lo es un hortera vestido de levita, imitando a un clubmán. La imitación es lo vulgar; y el pueblo de verdad, el que trabaja sudando, no imita nunca; por el contrario, él es la única fuente, la fuente origen de las renovaciones artísticas bondas, las ideológicas y sentimentales, no puramente técnicas.

Para realizar ese arte no popular, anti-tolstoiano; esos pretendidos artistas de selección, hacen sus manipulaciones químicas con vocablos exóticos o con sonidos combinados; y se enredan en teorías a cual más sutil; y se insulta esta capilla con aquella capilla y esta escuela con esa otra; y estos exquisitos siguen a este Maestro (un borracho) y los otros a aquel otro Maestro (un invertido); y venga alabanza y vaya diatriba!...

¿Resumen?: Que han hecho del arte

un geroglífico. La mayoría de estos masturbadores cerebrales escriben o pintan con una clave secreta...; y ni ellos mismos se entienden.

Para leerse los unos a los otros, deben recurrir a la teoría ajustados a la cual escribieron, tal como si recurriesen a una clave. Descifran, no leen.

¿Son o no son parásitos estos caballeros?

Alvaro YUNQUE. Febrero 1923, Bs. Aires.

mente práctico nos transmitió las artes y las industrias orientales, y sobre todo ese pueblo, fué el inventor genial del alfabeto o escritura fonética.

Esto lo hace acreedor al reconocimiento más amplio.

En efecto, si grande fué para la humanidad la transcendencia del descubrimiento de la imprenta, que destruyó la importancia del invento del abecedario?

Antes de los fenicios, como sabemos, la escritura era ideográfica, es decir, cada objeto o idea de un órgano o cualidad de ese objeto se representaba con un signo. Ese signo o geroglífico que comenzó por ser al principio un dibujo de ese objeto, fué transformándose y simplificándose.

Pero aún así para escribir o leer era necesario dominar un número infinito de signos. Esto sucede aún en la China.

Resulta de esto una real dificultad para dominar el idioma sin dedicarse exclusivamente a su estudio. Imposibilidad, por lo tanto, de difundir la cultura. Creación fatal de una casta instruida y directora.

Además el sistema ideográfico parece determinar cierta tendencia en el pensamiento, tendencia que distingue y diferencia la calidad de la cultura china a la nuestra y que será largo explicar aquí.

El invento fenicio consiste en que la escritura representa los sonidos que emiten. Pero vamos a dejar hablar a Anatole France que a Cadmo, el fenicio legendario, a quien se le atribuye la invención, le hace decir:

"Me hacía falta un sistema de notación simple y rápido. Lo hubiese tomado con gusto a mis vecinos, pues tenía la costumbre de sacar de ellos todo lo que podía convenirme. Yo no aspiro a la originalidad, mi lengua es semita, mi escritura egipcia o babilónica. Si hubiese tenido una buena escritura a mano, no me hubiese puesto a inventar nada sobre la materia.

Pero ni los geroglíficos de los pueblos que vosotros llamáis ahora, sin conocerlos Hitites o Hetten, ni la escritura sagrada de los egipcios respondían a mis necesidades. Eran escrituras complicadas y lentas hechas más bien para extenderse en los muros de los templos o las tumbas, que para apretujarse sobre las tabletas de un comerciante. Hasta abreviada y cursiva, la escritura de los escribas egipcios, tenía aún, de su primer tipo, el embarazo y la indecisión. El sistema entero era malo.

El geroglífico simplificado, era siempre un geroglífico, es decir, algo terriblemente confuso. Se sabe como los egipcios mezclaban en sus geroglíficos, fueran perfectos o abreviados, los signos representando ideas o signos representando sonidos. Con un chispazo de genio, yo tomé veintidos de esos signos innumerables e hice las veintidos letras de mi alfabeto. Letras, es decir, signos correspondientes cada uno a un sonido único, dando su asociación rápida y fácil el medio de pintar fácilmente todos los sonidos!

—Sin duda es ingenioso y mucho más de lo que vos creéis. Y os debemos por eso un presente inestimable. Porque sin alfabeto no puede haber anotación exacta del discurso, ni estilo y, por lo tanto, ni pensamiento algo delicado, ni abstracción, ni filosofía sutil." (del "Jardín de Epicuro")

Del alfabeto fenicio salieron las escrituras griegas e italianas, que dieron nacimiento a las escrituras europeas.



La Ciencia y el Anarquismo



Los fenicios

Con los fenicios llegamos al Mediterráneo. El Mediterráneo está situado entre Europa, al Norte, Africa, al Sud y Asia, al Este. Comunica con el Atlántico por el estrecho de Gibraltar y con el mar Rojo por el canal de Suez.

Forma numerosos golfos llamados: mar Tirreno, Adriático, Jónico, Negro, Mármara y Azof.

Así como los grandes ríos determinaron las brillantes civilizaciones asiáticas, el Mediterráneo determinó la civilización greco-latina.

La civilización asiática extendió su influencia en el Mediterráneo gracias a la navegación.

En las llanuras de Egipto y de Mesopotamia los pueblos fueron agrícolas y pastoriles. Sobraron en el Mediterráneo fueron marinos y traficantes.

El pueblo fenicio, cuyos componentes eran de origen cananeo, llegados sin duda de las orillas del golfo de Persia, se establecieron en el litoral mediterráneo al pie del Líbano, unos veinticuatro siglos antes de nuestra era.

Fundaron ciudades esencialmente marítimas, que llegaron a ser famosas por el comercio, la riqueza y el lujo.

Las ciudades principales fueron Tiro, Arad, Biblos, Aco o Tojomals.

El pueblo fenicio fué gobernado por oligarquías o reyes.

No fueron guerreros y su rol en el Oriente ha sido de importancia secundaria; estuvieron siempre sometidos o aliados a los pueblos fuertes.

Para el Occidente, en cambio, han tenido una importancia capital.

Traficantes audaces, valientes marinos, fundaron factorías y colonias en todas las costas europeas. Transportaron así la civilización occidental a Europa; fueron el puente por donde pasó la cultura y el progreso asiático hacia Europa, todavía sumida en la barbarie de los pueblos primitivos.

Los fenicios enseñaron a los griegos el uso del bronce, los iniciaron en las artes y en las industrias.

Sus flotas colonizaron todo el litoral mediterráneo; llevaron su comercio al Atlántico y hasta el lejísimo Báltico, y se ha llegado a suponer, con bastante fundamento, que los fenicios llegaron hasta América.

Por sí mismos no crearon ninguna civilización, habiendo adoptado los conocimientos y las artes egipcias, asirias y persas.

Son los creadores del gran comercio, su habilidad en él se ha hecho célebre y les ha valido el nombre de "ingleses" de antiguo mundo.

Una de sus colonias más famosas fué Cartago.

Fundada por Didon en el norte de Africa, llegó a tal poderío que tuvo a raya a la misma Roma. Llegó a tener doscientos cincuenta mil habitantes. Su fama de guerra constaba de doscientas naves.

Roma la combatió hasta destruirla. Después de tres períodos de guerra, llamadas púnicas, Scipión el Africano batió a los cartagineses, tomó a la ciudad, la quemó, pasó a cuchillo a sus habitantes; y, arrasándola, pasó luego el arado, sembrando sal sobre sus ruinas para que la yerba creciera.

Cartago se regía en forma de república.

Los fenicios tuvieron florecientes industrias. Dominaban el bronce, la plata y el oro, conocían el vidrio y la cerámica. Famosos sus tejidos de púrpura, que extraían de una concha marina.

La púrpura de Tyro figura en la literatura como una expresión de supremo lujo.

La arquitectura, la pintura y la escultura las tomaron de los egipcios y asirios.

Como todos los pueblos orientales, aman el lujo y los placeres sensuales.

Ellos iniciaron a todos los pueblos mediterráneos en la navegación, en el comercio y en las industrias.

El arte de los griegos, y de los etruscos nació del contacto con los fenicios.

Su lengua fué la semítica, y su religión naturalista, más o menos la asiria.

Era una religión compuesta de tétricas imágenes, ritos crueles y prácticas obscenas.

Sus dioses eran tal cual los que hoy día se ven en los museos, feroces y sanguinarios.

La diosa Astarté exigía la prostitución de las niñas de su culto, y el dios Meliart, imagen de la fuerza, se complacía con víctimas humanas, en su honor sometidas a los más atroces tormentos.

Cuando Agatode lo venció, para aplacar la ira de Meliart sacrificaron doscientos niños. Después de una peste en Agrigento fueron arrojadas al mar innumerables víctimas.

En fin, todas las historias nos hablan de los fenicios como de un pueblo cruel, falaz, pirata, y sanguinario.

El gran comercio nació, pues, de un pueblo de ladrones. Llamar fenicio a alguien, hoy, es decirle voraz, usurero sin conciencia ni escrúpulo.

Y sin embargo, este pueblo, esencial-

También salieron de él todas las escrituras semíticas, desde el arameo y el hebreo hasta el siríaco y el árabe — todos los analfabetos del centro de Asia y

el hindú, que dió a su vez nacimiento al devanagari y a todos los alfabetos del Asia meridional.

X. X.

LA VOZ DE NUESTRAS COPAÑERAS

LA MUJER Y LA POLITICA

Hace medio siglo, quizá más, que se agita la cuestión, siempre discutida y aún no resuelta, del voto de las mujeres. Francia, esa "antorcha del progreso" ha sido dejada atrás, sobre esta cuestión, como en tantas otras, por la mitad de Europa. Sin embargo, se habla de otorgar a las francesas la preciosa boleta.

Las feministas se alegrarán, si se les acuerda, de esta victoria tanto tiempo esperada. La mujer, mantenida siempre apartada de la vida social, se sentirá, al fin, igual al hombre, y esta igualdad reconocida, constituirá un progreso. Desde el punto de vista político, la mujer actualmente no tiene ningún derecho: ella obedece las leyes sin haber participado en ellas, paga sus impuestos sin dar su opinión sobre la aplicación que se les da. Una vez ciudadana tendrá como el hombre su derecho de emitir su opinión y el de discutir la de los otros. Ganará también, por lo menos así lo espera, mayor libertad y más respeto por parte del hombre. El horizonte ampliado se extenderá entonces más allá del hogar, los niños o el folletín. Obligada a leer los diarios, a asistir a reuniones, la mujer verá aumentar sus conocimientos y su vida hacerse más interesante. En fin, en la sociedad, la mujer entonces sería algo: se sentiría una fuerza y no se la podría desear como antes. ¿Y no será para ella una bella revancha — pacífica por otra parte — la que podría tomar al fin sobre el sexo opresor? Sentirse un individuo, un engranaje social, ser parecida al hombre, sobre todo, ¡qué victoria impasablemente deseada!

Ser semejante al hombre, tal es, en efecto, la aspiración secreta de las mujeres en general. Uno de los reproches que se le dirige a su debilidad, — a menudo erróneamente, porque ellas demuestran a veces más coraje físico que los hombres — es su admiración, casi su culto a la fuerza. ¿Será la eterna atracción de los contrarios? Ellas buscan, aman en el hombre lo que más les falta. Las más refinadas hasta sufren a veces el antiguo prejuicio de la inferioridad femenina. Más débil que el hombre, la mujer, para ser su igual, ensaya hacerse fuerte, físicamente, con el trabajo y el deporte; moralmente con la conquista de los derechos políticos que él posee. Parece que el hombre, símbolo de la fuerza, es su único modelo y que sus deseos más queridos son llegar hasta eso.

Ciertamente, esa igualdad de sexos, esa libertad política por la cual han luchado y sufrido tantas sufragéticas, provienen de un deseo muy legítimo de emancipación. Los partidarios de la tradición se inquietan. ¿Qué será del mundo, si la mujer, hasta ahora mantenida bajo tutela, reclama su parte de autoridad? El mundo, sin embargo, no arriesga gran cosa, y las mujeres podrán, como los hombres, votar, sin que la sociedad se haga por eso peor ni mejor. La libertad política, que ellas envidian a los hombres, será, para ellas como para ellos, una conquista ficticia, una sabia ilusión, gracias a la cual creerán, quizá, haberse

libertado, pero en realidad serán más esclavas que nunca. La mujer durante siglos ha soportado la dominación del hombre. Queriendo emanciparse, ella pide ahora el mismo derecho que él, el de *recho de elegirse a mos*. ¿Dónde está la emancipación? La igualdad en la esclavitud no es el progreso. Porque el *ciudadano*, a pesar de su título está lejos de accionar a su gusto y de tener su parte en el gobierno, dígan lo que quieran los manuales de instrucción cívica. *El pueblo soberano*, que expresa su voluntad un día cada cuatro años, es verdaderamente un soberano que se contenta con poco. Pero en realidad el elector soporta pasivamente las leyes, sin haberlas hecho, y sin poderles cambiar nada. Determinado por el mecanismo gubernamental, no puede, con su voto, sino consolidar la autoridad que ya lo oprime y dar una apariencia de justicia a esta tiranía colectiva que se llama la ley. La ley, a pesar del sufragio universal, como resultado mismo de esta institución, está siempre establecida por los fuertes contra los débiles. Todas las libertades adquiridas en el curso de la historia lo han sido fuera de las leyes: han sido arrancadas ilegalmente, por la fuerza, y las leyes no han hecho sino legitimarlas, no pudiendo destruirlas.

La boleta del voto es, por lo tanto, una conquista inútil y posiblemente perjudicial. Inútil porque no puede libertar al individuo. Perjudicial a la mujer, habiéndola obtenido, si imagina que ella se ha emancipado gracias a él, si limitara a eso sus reivindicaciones. Ya Mirbeau, hace treinta y cuatro años, se asombraba burlescamente, de que todavía fuera posible encontrar, en un perdido rincón de la Bretaña o de Auvernia, un elector. "¿A qué sentimiento barroco, a qué misteriosa sugestión, puede obedecer tanto ese bípodo pensante, dotado de una voluntad, según se pretende, y que va soberbio con su derecho, seguro de que cumple con un deber, a depositar en una urna cualquiera una cualquier lista, poco importa el nombre que haya puesto en ella?... ¿Qué es lo que espera?... El no puede llegar a comprender que no existe sino una razón de ser histórica, y es la de pagar por un montón de cosas de las cuales él no gozará jamás, y de morir por combinaciones que no le atañen absolutamente."

En verdad, sería para la mujer un raro lugar de perfeccionamiento intelectual y moral el Parlamento!

¿Qué emancipación puede esperarse de las reuniones electorales, llenas de bajos intereses, de intrigas ruines y sucias? ¿Le será preciso recurrir como el hombre, a las comedias múltiples y vergonzosas que la política impone a sus lacayos? Si quiere tener éxito estará más o menos obligada: las feministas, mejor que nada, se resignarán a aceptar ese sucio combate. "Una vez la igualdad sexual conquistada, escribe una de ellas — la mujer en el combate de la vida adquirirá esa dureza de corazón que es la condición, hasta

el presente, del otro sexo. Golpeada, golpeará; expoliada, expoliará." Posiblemente las almas delicadas preferirán alejarse de esas batallas electorales, a menudo asquerosas, vanas casi siempre. Las ventajas económicas que les reportarían (admisibilidad de la mujer en todos los empleos, con igualdad de salarios para ambos sexos; supresión de las leyes que subordinan la mujer al hombre) no llegarán a compensar las cualidades morales que tendrán que sacrificar durante esas luchas.

Y sin embargo, la mujer no debe desinteresarse de las luchas sociales. ¿No habrá otro medio más eficaz para conquistar su independencia, que el de solicitar una boleta de voto? Por otra parte abandonar completamente esta reivindicación ¿no sería reconocer, de antemano, la propia incapacidad de realizarla? Y, ya que en la sociedad actual, las reclamaciones del ciudadano son las únicas legalmente atendidas, ¿no será más conveniente reclamar por de pronto los derechos políticos? Las mujeres llegarían a ser, gracias a ellos, una fuerza que por pequeña que fuera, les bastaría para hacerse escuchar. Una vez reconocida la igualdad política, la habrían apreciado en su justo valor, y hasta desdeñarla, alejándose como hacen los revolucionarios, de la lucha electoral. Y reservando sus energías para luchas más útiles, se esforzarían por conquistar en otra parte su emancipación. La política, las querellas de los partidos o de personas no enseñan nada, y a la mujer por otra parte, no le interesan mucho. No es la atmósfera pesada y ardiente de las salas electorales la que le conviene! Son más bien las reuniones educativas, la discusión de ideas nuevas, las conferencias contradictorias y vivientes las que le aprovecharán para su educación social, todavía por hacer completamente. Agregará a la lectura de libros, serios y atrayentes a la vez, y la de diarios avanzados; al mismo tiempo su compañero, su hermano o su marido la iniciará poco a poco en las cuestiones sociales. En fin, entrará, para educarse al principio, para ayudar a las otras después, en asociaciones profesionales (como el Sindicato) o hasta con tendencias políticas sin ser electorales (como la Masonería). Allí se ejercitará en expresar claramente sus reivindicaciones, con la palabra y la pluma, y a realizarlas. Militar en los sindicatos o grupos avanzados sería naturalmente más eficaz para la emancipación de la mujer, que elegir un diputado o una diputada que prometen siempre mucho y no pueden nunca cumplir nada.

Ni la mujer ni el hombre tienen nada que esperar de sus dirigentes. "Nuestro enemigo es nuestro amo, él no nos dará nunca la felicidad". En lugar de esperar el bienestar de una boleta electoral, la mujer ganaría en compenetrarse profundamente de estas sabias palabras, aplicándose las: "La emancipación de la mujer será obra de la mujer misma."

UNA REBELDE

Es preferible la servidumbre material y el alma libre que la esclavitud moral en el bienestar.

Es, sin embargo, este último partido el que la democracia parece reservarnos. Un alma libre en un cuerpo libre, esté ideal no es el suyo ni el de la burguesía. Es preciso que uno u otro sea sacrificado a la ambición de los políticos de la derecha o de la izquierda.

Gerard de LA CAZE-DUTHIERS

CUADROS DE LA GRAN CIUDAD



El sueño del desheredado en la noche de año nuevo.

(Dibujo de ZILLE)